

# El albero

Pedro Javier Cáceres

Crítico taurino

EN LA DESPEDIDA DE CÉSAR RINCÓN. 1ª PARTE MEDELLÍN (COLOMBIA): OREJA Y TRES VUELTAS DE RECONOCIDA DESPEDIDA

## Enrique Ponce acabó con el cuadro: Tres orejas, tal cual

No se debe decir que acabara con Rincón sin incurrir en grosería para tarde tan emotiva y protagónica del maestro colombiano que en día tan señalado es quien provocó, cual reclamo de evento singular, el llenazo impresionante y el ambiente universal de aficionados que le dieron color y calor a los prolegómenos de la corrida por las principales avenidas de la capital de Antioquia... y a sus recintos hoteleros con eventos especiales muy españoles y taurinos en el tempranero almuerzo pues al horario madrugador de la corrida (3 y media de la tarde) había que unir la previsión de al menos 90 minutos o dos horas para llegar, primero, al coso de La Macarena y ubicarse con cierta holgura, después, tras aguardar largas filas -de hombres por un lado y mujeres por otro- para el cacheco correspondiente previo a ingresar en el recinto taurino.

No se debe decir que Ponce acabara con Rincón, porque además de ser de mala educación, tras el primer set del último partido de la última temporada -a favor de obra, Colombia- del maestro colombiano la tarde de Manizales en que destrozó el sándwich de maestro y sucesor (Bolívar) con un zarpazo, ya anunciaba ausencia de tregua en estos dos actos sentimentales de despedida en lo que a toreo se refiere.

No se debe decir que Ponce acabara con Rincón por respeto a la Tauromaquia (de mayúsculas) encarnada en la penúltima tarde de uno de sus figurones más importantes de los últimos años y que ha tenido las agallas de escoger como compañero de viaje a otro al menos similar en cuanto a condición de figura máxima cuando no corregido y aumentado porque, hasta entre los maestros, también hay jerarquías y no refugiarse en otros compañeros de 'moda ocasional' y que por su volubilidad pudieran haber sido más fáciles a la hora de compartir protagonismo en la totalidad de la tarde y menos implacables a la hora de rivalizar toreando.

Sí se debe, se puede y se quiere decir, sin faltar a la verdad, que



Ponce acabó con el cuadro.

Rincón había cortado una oreja en el que abrió plaza por una labor de gusto y detalles. Ponce respondió con una faena muy asentada a un toro muy flojo. Con gusto y elegancia. Cortó otra oreja y empató.

El sentimentalismo afloró en el que se sabía era el último toro de César en la plaza que nunca olvidará cuando en el año 1995 se encerró con seis toros para una causa benéfica. Todo fue a favor menos el toro; ¡bueno! al menos eso pareció o se quiso pareciera. Otra vez los detalles personales e intransferibles que dan a un torero marchamo de maestro. Pero entre unas cosas y otras, la espada, etc. No se cortaron las orejas. El agradecimiento sincero de la afición provocó que diera tres vueltas al ruedo con una emoción indisimulada que cuando terminó impidió hasta hablar para los medios como es habitual tras la lidia de un toro; máxime si es el último en plaza carismática y el antepenúltimo de una carrera en el sprint

de la cuenta atrás.

Se debe, se puede, se tiene que decir; y se ha dicho (perdido casi en el contexto del continente emotivo del todo del 'evento') que Ponce acabó con el cuadro.

Salió el quinto y toda la carga nostálgica vivida momentos antes fue diluyéndose para dar paso al disfrute real de una lidia modélica a un animal que le pedía mimo por su escasez de fuerza pero firmeza por su tendencia a desarrollar genio. Nada nuevo para Ponce.

Sin embargo, la duda, cabía si, en tarde así, no iba a perdonar y dar el cien por cien o se iba a tapar discreto a la vez que elegante con la mínima excusa (y la condición de su enemigo -a primera vista- lo propiciaba). Si iba a acabar con el cuadro anterior de recuerdos, compilaciones y agradecimientos al servicio de un País.

Y acabó con el cuadro. Y esbozó primero, y plasmó después en un trasteo de menos a más uno de los más rotundos y bellos como los personajes de Botero que

produjo que los 'paisas' de Medellín ante tal 'cuadro' lo veneraran como si el antioqueño Botero lo hubiera firmado. Al toro le cortó las dos orejas.

Terminado el quinto, Ponce acabó con el 'cuadro' de justo cariño y reconocimiento de las tres vueltas al ruedo por el de las tres orejas totales en una tarde aperitivo de un maestro que se va pero que explícita y refuta porque el compañero de fatigas se queda. Y por mucho tiempo. Veremos si en la cita de mañana, la última de todo última, Ponce se suma a la fiesta como un invitado de lujo tras sus dos sets victoriosos (Manizales y Medellín) o confirma su voracidad depredadora cuando de ostentar el mando del torero de una época se trata. **En Medellín Ponce acabó con el cuadro.**

El lienzo de Bogotá espera.

Posdata.- A alguien se le ocurrió, sabe Dios por qué, quizá por diferenciarse de Bogotá, cerrar el espectáculo en terna y anunciar a un torero que se llama Ricardo Rivera. Con todos los respetos,

este no era su día. Ni lo pretendió. Esas osadías solo están reservadas para 'niños toreros' indolentes y soberbios pero dotados de privilegiada capacidad para ser figuras del toreo: lo hicieron en su día (corridos primerizas o festivales) Ponce, Joselito y El Juli. Y el maestro Rincón en Colombia hasta abrirse paso en España, aunque ya diez años después.

### Reseña

#### Plaza de toros de Medellín (Colombia).

1ª categoría. Temporada de abono (última corrida). Lleno en los tendidos. Toros de Agualuna, flojos, facilotes, poco agresivos, mansitos.

César Rincón, una oreja y tres vueltas al ruedo con salida a hombros al final. Enrique Ponce, una oreja y dos orejas. Ricardo Rivera, silencio y ovación.